

# LOS ARAGONÉSES

## ARANDA EL MUNDO DESDE ARAGON

## PIGNATELLI LA FUERZA DE LA RAZON

Guillermo Fatás

**L**os aragoneses reconocen todavía en Ramón de Pignatelli, fallecido hace más de dos siglos, a un arquetipo de la tenacidad eficiente, expresada en una ardua y valerosa tarea que aún les sigue produciendo rentas: el Canal Imperial de Aragón, obra magnífica de nuestro Siglo de las Luces, sin contar con el de Tauste. Algunos saben que fue presbítero y canónigo; otros pocos, que rector de la Universidad. Estuvo en todas las salidas que se hicieron en la Zaragoza dieciochesca, porque dirigió la innovadora y vital Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, una de las más excelentes de las que hizo en España aquella generación de ilustrados. La secular obsesión aragonesa por el agua explica bien esta afonanza.

Casi nadie sabe nada de su antiquísima napolitana, que ya se hacía notar en el siglo XII y que dio figuras tan opuestas como el Papa Inocencio XII o los jacobinos príncipes Stróngoli, dos de los cuales fueron altos jefes militares de Napoleón, bajo las órdenes de Murat, el ocupante de Madrid en 1808. Uno de los Pignatelli, Antonio, hijo de Nicolás, virrey de Sicilia, casó con la aragonesa Francisca de Moncayo, marquesa de Mora y condesa de Fuentes. Vivieron en Italia, donde les nació Joaquín, prócer y embajador de la Corona de España en Londres y París, luego conde del Conde de Aranda y del Duque de Villahermosa. Tras Joaquín llegaron sus hermanos María Francisca, José, jesuita y santo de la Iglesia desde 1954; Nicolás, también de la Compañía de Jesús, aunque bastante menos canonizable, y el pequeño Ramón, el personaje a quien Zaragoza nunca abajó de su memoria.

Ramón de Pignatelli y Moncayo, por su orden en la serie de nacimientos, estaba destinado a la Iglesia, como lo fueron todos los segundos de la familia. De su orondo aspecto sabemos por el pincel magistral de Goya. Y de sus actividades públicas puede decirse que anduvo en cuantas cosas promovía el gran Aranda en su tierra natal, pues el cérego pasaba por ser uno de sus grandes confidentes zaragozanos y, por eso, cabeza del que fue conocido como «partido aragonés», especie de «lobby» prieto y decidido de paisanos inteligentes y ambiciosos. Hasta el punto de que don Ramón aspiró a vivir la gran política de la Corte y estuvo a punto de lograr, en 1776, el estratégico asiento que ocupaba Jerónimo Grimaldi como Secretario de Estado: tal hubiese sido el deseo de Aranda, pero la diligente astucia del cesante, cuyo encono con el Conde era ya notorio, pudo más y el decisivo puesto fue a manos de Floridablanca, principal de los rivales con que hubo de enfrentarse el poderoso grupo de aragoneses coagulado en torno a don Pedro Pablo. Tal fue la peripetia política que decidió la permanencia del cultivado Ramón, educado en Nápoles y Roma, en su familiar Zaragoza, para los restos.

El Canal, para convicción de incrédulos, fue empresa increíble, pero probatoria de que el talento y el esfuerzo logran su fruto. Pero, además, la abandonada beneficencia, a cuyo servicio logró poner los devotos, aún notables hoy, de la plaza de toros de la Misericordia. Y, desde la Económica, incontables iniciativas, grandes y menudas, que dejaron huella en todos los rincones de Aragón y Zaragoza. Y, también, en el alma de Francisco de Goya: horriblemente enfermo éste, en Cádiz, turbado de la mente, la vista y el oído, incapaz de andar y moverse, en marzo de 1793 pide a su anfitrión generoso, Sebastián Martínez, que escriba a Zaragoza para saber de Josefa Bayeu, su esposa, de su amigo querido, Zapáet, y de la salud de Pignatelli. Por algo sería.



G. F.

**L**ba para cura y acabó en primer ministro de uno de los reyes más poderosos de la Tierra. Pasa entre nosotros, todavía, por masón, como si ello significara baldón de alguna clase, aunque no lo fue. Es conocido como político, pero no tanto como amigo de Diderot y D'Alembert, y lleva más fama como diplomático avezado que como matemático y artillero. Nunca se dice de él que fue un excelente empresario, público y privado. No hay aragones ni, acaso, español más representativo del siglo XVIII que este personaje, de tanta envergadura pública, que fue el Conde de Aranda, décimo de los que llevaron tal título. Hoy es, a secas, el Conde de Aranda, sin más, porque cuantos le precedieron o sucedieron en el título, incluido el tenedor actual, no dieron la talla que midió don Pedro Pablo Abarca de Bolea y Jiménez de Urrea, nacido en el castillo familiar de Sietamo el primero de agosto de 1719.

Vivió casi noventa años, a los que llegó enfermo, encorvado y sin dientes, como se ha sabido cuando los antropólogos estudiaron su calavera, exhumada del enterramiento que le cobija en San Juan de la Peña, santuario del Reino de Aragón que estaría hoy acabado sin los cuidados que don Pedro le dedicó a sus expensas. Hombre de tales prendas y servicios, franco, directo y justo, pero rudo y altivo, pasó en su ancianidad trances amargos, preso por orden del rey, a quien tanto sirvió (cualquiera que éste fuese, pues trabajó para cuatro), y desterrado a la lejana Jaén, de donde apenas pudo retornar a su amada Epila, a punto ya de entregar el alma en 1798, inquinas injustas, pero explicable, porque difícilmente calló lo que pensaba ni dejó de cumplir con su deber, por penoso o arduo que fuera, sin importarle dimes ni dires: alguno de los cuales, en pleno siglo XX, tuvo fuerza bastante para borrar su nombre de un lugar distinguido en el callejero de la capital de Aragón. Reino en donde no hubo iniciativa importante que no contara con su potente vimiento.

Combatiente valeroso y herido en acción, formado en distinguidas instituciones militares y eclesíásticas de Parma y Bolonia, viajero por Euzoia, poliglota, asiduo de Voltaire y Franklin, apoyo de gentes tan valiosas como Campanonas (luego enemigo) u Olavide, preocupado por el progreso material y educativo, fue excelente analista de la situación internacional. Cuando las Trece Colonias se alzaron contra el rey Jorge, el aragonés entendió la conveniencia de ayudar a la nación emergente, y también que, al cabo, era un movimiento temible para los Estados europeos, inicio de una secuencia imparable de emancipaciones capitalizadas por las oligarquías americanas. Aranda sugirió la creación de una Comunidad formada con los reinos de Tierra Firme, Perú y Méjico, cuyos cetros empuñarían vástagos de la Casa Real española. El plan quedó en nada.

Fue magnífico general en campaña y aún mejor organizador de la milicia. En el ámbito doméstico introdujo en sus estados aragoneses muchas innovaciones, como el cultivo de plantas de interés industrial, y se preocupó de la adecuada instrucción de sus vasallos en menesteres de utilidad económica, de forma parecida a como hizo de las fábricas de porcelana de Alcora, creadas por su padre, un modelo de producción en la que se aunaron lo bello y lo rentable.

Hace pocos años resultó vaciado de los objetos que enmarcaron su presencia el Palacio de Epila, donde se guarda todavía un importante legado documental que algún día será menester conocer y editar como merece. Homenaje que Aragón debe y no ha pagado a su más brillante político después del rey Fernando.



## ¿UN PARTIDO ARAGONES?

G. F.

**U**n clérigo inglés, educado en Cambridge y tutor del hijo del Duque de Malborough («Mambri»), buen conocedor del Continente y de su historia, escribió, entre otras obras de interés, un libro titulado «España bajo el dominio de la Casa de Borbón». Se llamaba William Cox y corria el año de 1813. Tuvo tanto éxito que en 1815 se reeditó. En 1827 se tradujo, ampliada, al francés y desde 1836, al español. Fue una especie de «best-seller» sobre el siglo XVIII español. Para caracterizar al grupo más compacto e influyente de la política hispana entre 1766 y 1773, que marcó con fuerte sello el destino de sus reinos en Europa y América, ideó la expresión «partido aragonés», con la cual quiso significar el conjunto de personalidades, en su mayor parte aragonesas, que actuaron en la vida de esos años a las órdenes del Conde de Aranda.

Los componentes principales del grupo, además de algunos militares devotos de la capacidad e ideas de don Pedro, fueron aristócratas aragoneses, muchos de ellos emparentados, por sangre o matrimonio, con él. Así, el Duque de Villahermosa, el Conde Fuentes (un Pignatelli, cuyo hijo era intimo del futuro Carlos IV), el Conde de Ríca y una larga nómina de ilustrados, nobles o no, cuya capacidad y cohesión fueron notables. El más precoz fue un hombre mayor que Aranda y cuya impronta en la historia española incluye la expulsión de los jesuitas, decidida por él (Aranda sólo firmó la orden). Manuel de Roda y Arrieta nació en Zaragoza en 1708, hijo de maellano y zaragozana. Inteligente, cuidadoso y astuto, amargado juvenilmente por su falta de recursos y la altivez estamental de muchos aristócratas, diseñó la cruda política religiosa de Carlos III, de quien fue el primer secretario (ministro) libremente elegido por el rey, tras suceder a su hermano Fernando VI, de quien mantuvo un tiempo todo el gabinete. No pudo llevar a cabo su proyectada modernización de la decadida Universidad española, pero fue clave en los virreutes que Aranda hubo de recorrer durante sus primeros pasos como político en el Corte, que Roda, ministro durante diecisiete años seguidos, conocía en profundidad como muy pocos. Amigo, pues, de Aranda y, más íntimamente aún, de Azara, mantuvo su casa en Zaragoza. La ciudad guarda su magnífica biblioteca en el Real Seminario de San Carlos Borromeo, en donde se conserva por el obvio incumplimiento de las disposiciones desamortizadoras, que la destinaban a la Universidad, como, sin duda, Roda hubiera deseado, dada su enemistad acerrada contra los jesuitas. En octubre de 1779 la vida cruzó los destinos del poderoso ministro y de Goya, afincado en Madrid: en manos del primero estuvo una petición del pintor para dejar de trazar esos cartones para tapices que tanto aborrecía. No fue, en esa ocasión, atendido por su encumbrado paisano.

Bajo este primer nivel de poderosos ilustrados, la Zaragoza del XVIII albergó a una estimable cantidad de ciudadanos inteligentes y laboriosos la huella de cuyo esfuerzo marcó positivamente a la ciudad y al reino. Por su amistad generosa con Goya y activa personalidad merece ser destacado aquí Juan Martín de Goicoechea, hidalgo navarro de Baciaica, sobrino del distinguido comerciante don Lucas, cuyos negocios amplió hasta convertirlos en los más florecientes de la ciudad del Ebro. Poliglota, cultivado y cosmopolita, amigo de lo que llamábase ahora la industria de transformación agrícola, experto en textiles y metalurgia, en mercados cercanos y distante, celoso y cumplidor, su competencia financiera le hizo merecedor de encargos oficiales de mucho porte, como la gestión económica del Canal, la representación del joven Banco de San Carlos (hoy Banco de España) e incluso la de los intereses de la Ciudad o de una especie de cooperativa de crédito para comerciantes en cuya vida intervino largamente. Ningún empucho tuvo Pignatelli en admitirlo en la Real Sociedad Económica, de la que fue vicedirector durante doce años y en la cual dotó generosamente una academia de dibujo, gemina de la futura Real Academia Aragonesa de Nobles y Bellas Artes de San Luis, aún existente. Como no: Goicoechea es mencionado con frecuencia en el conde que mantenían los Goya (Francisco, Camilo) con Zapater y con F. Bayen, todos en busca de su valimiento, económico o social, casi siempre obtenido.

## AZARA CONOCER SIN LÍMITES

G. F.

**S**i don Félix de Azara pudiera leerlo, no saldría de su asombro: una enciclopedia alemana de finales del siglo XX, bajo la voz «Azara», nada decía de su hermano mayor, el famoso y admirado José Nicolás, sino que dedicaba toda la información a su modesta persona, nacida en Barbuñales el 18 de mayo de 1742 y muerta en semejante lugar el 26 de octubre de 1821. Viajero e investigador español, reza el texto germano, y primer explorador científico, entre 1781 y 1801, de la región del Río de la Plata. Y algo más, claro.

No hubiera parecido razonable a don Félix esa preferencia de la posteridad. José Nicolás fue el más brillante diplomático de Carlos III y Carlos IV, trató con intimidad asidua a tres Pontífices romanos y fue tal su desvelo y amor por la Ciudad Eterna que ésta lo hizo «Cavaliere Romano» por la protección que logró para ella del Emperador de los franceses, de quien asimismo fue amigo, y de Federico de Prusia, como de Catalina de Rusia y de Su Majestad Imperial José II de Austria. Baste decir que el excelso Mengs fue uno de sus muchos y triunfantes protegidos.

Pero eso no ha impedido para que la historia manifieste su preferencia por el joven Félix, modesto y bravo ingeniero militar, herido en combate, que no soñó nunca con pasar lustros de su vida en una comisión inusualmente larga que no tuvo como propósito inicial sino el de demarcar fronteras entre los vastos imperios español y portugués en las inexploradas e inacabables tierras del Cono Sur. Pero la parte portuguesa no llegó. De todo le ocurrió entretanto, sin que faltaran riesgos y calamidades, y a todo hizo frente con celo e inteligencia. Instruido en las universidades de Huesca y Barcelona y en las academias militares, pocas cosas le pasaron inadvertidas. Y tuvo la voluntad férrea de anotarlas puntualmente, año tras año, mes tras mes, con agudeza y capacidad de síntesis y con recurso a su vasta cultura naturalista, científica y literaria.

Los cuadernos de Azara contienen un universo pasmoso y lleno de novedades que sólo un espíritu tan bien dotado era capaz de advertir y ordenar.

Los países de la región le han dedicado calles y avenidas en Asunción, en Montevideo, en Buenos Aires y, en sus días, le dieron el espadarazo franceses y británicos, con todos los honores. Los estudios de Azara rectificaron la obra intangible de Buffon, el padre del naturalismo moderno, y conmovieron a Darwin, que lo cita con encomio, como antes que él, desde otra perspectiva, lo hiciera el París científico, a cuyo Museo de Historia Natural de Francia, la más avanzada institución del momento, llegó de la mano de su hermano José Nicolás, embajador de España ante el Imperio. Los sabios necesitaban disponer de tantos materiales y algunos de ellos fueron de inmediato impresos en París. No se hicieron esperar las versiones alemana e inglesa. Y nada ha de extrañar, por eso, que el magnífico y respetuoso retrato que le hiciera su admirador Goya lo muestre en uniforme y ante una serie de anaqueles poblados de aves americanas y libros de ciencia.

Su larga, fructífera y penosa estancia americana no lo desarraigó de Aragón, como tampoco los altos honores científicos que le dedicaron fuera de España. Colaboró de forma eficaz con la Economía, estudió de cerca los problemas reales de Aragón y, en actitud muy propia de su modo de ser, prefirió su retiro en Barbuñales que desempeñar el Virreinato de Méjico. Gracias a él se conoció científicamente Paraguay, que lo recuerda con amor. Y lugarteniente suyo fue un nieto de aragoneses de La Puebla de Albornos. José G. Artigas, a quien los «orientales» uruguayos tienen como Padre de su Patria.

